

¿El fin de la ciencia?

Reseña del libro *El fin de la ciencia*, de John Horgan, Paidós, 1998.

Marcelino Cerejido

En 1996 el escritor científico John Horgan publicó un libro que levantó polémica. Marcelino Cerejido nos presenta aquí sus impresiones.


A primera vista uno podría tomar "fin" de la ciencia por "objetivo" de la ciencia. Pero no es así: "fin" es empleado explícitamente como "final". La tesis de este libro es que la ciencia pura, cuya misión es averiguar qué somos y de dónde venimos, ya ha atravesado una edad de oro de grandes descubrimientos, y que de ahora en adelante sólo le resta ir llenando detalles. El autor, un ex-divulgador del *Scientific American*, que para colectar el material del libro entrevistó a una pléyade de lumbreras, organizó su libro en capítulos cuyos títulos hablan por sí mismos: "El fin del progreso", "El fin de la filosofía", "El fin de la física", "El fin de la cosmología", "El fin de la biología evolutiva", "El fin de la ciencia social"... y así.

El libro tiene sus atractivos, entre los que destacan una descripción de lo que piensan del estado actual y de la perspectiva de unos cinco a diez pensadores por capítulo. Sus aspectos negativos son –en mi opinión– dos. El primero es la insufrible pedantería y falta de respeto del autor hacia personalidades como Popper, Kuhn o Bohr, a quienes va descartando desde una posición autoritaria.

El segundo aspecto negativo surge del preguntarme acerca de la seriedad de Horgan. ¿Puede una persona tan enterada no sólo de lo que es y sabe la ciencia, sino de su historia, afirmar seriamente que sólo quedan por averiguar detalles triviales? ¿Podría haber predicho Galileo que un día se descubrirían las bacterias y el código genético, o que una dama a la que le acaban de cambiar una válvula cardiaca estaría viajando en pocas horas de Milán a Tokio con un vaso de whisky en la mano y mirando una película a colores sobre las ma-

riposas monarca? A principios del siglo que acaba de terminar un distinguido cirujano inglés, con no menos soltura de cuerpo que Horgan, predijo que el abdomen, el cerebro y el corazón jamás podrían ser operados. A finales del siglo XIX, sobre la base de que la población equina de Francia iba aumentando aceleradamente y teniendo en cuenta el costo de su manutención y la cantidad de estiércol que producía, un conjunto de futurólogos predijo que hacia final del siglo XX París se colapsaría a causa de los caballos.

En un mundo como el actual, en el que todavía no sabemos casi nada de la relación mente/cerebro, o de cómo se regula la expresión genética, o si hubo o no un *Big-Bang*, ni si la realidad-de-ahí-afuera tiene las propiedades que le atribuye nuestro cerebro, ni qué es el sentimiento místico, ni qué nos depara el auge de los fundamentalismos, ni cómo serán las próximas especies biológicas que nos sucederán, la afirmación de que a la ciencia sólo le quedan por llenar detalles triviales se nos aparece, en el mejor de los casos, osada.

Creo que el libro es un ejemplo de los peligros que entrañan las extrapolaciones lineales. Pero, como digo, no estoy seguro de que el autor crea sinceramente en su tesis. Así y todo, el libro me resultó un repaso ameno del estado actual de las disciplinas escogidas por Horgan. Al advertir que en el centenar de pensadores entrevistados, todos del primer mundo, sólo figura una mujer (Lynn Margulis), se me hace que el autor se olvidó de lo que piensa la mitad de los cerebros de la humanidad. 

Marcelino Cerejido es investigador del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, divulgador de la ciencia y autor de libros como *Ciencia sin seso*, *locura doble* y *¿Por qué no tenemos ciencia?*

Comentarios: mcereji@fisio.cinvestav.mx

